

Salvados por las remesas

[Devesh Kapur](#)

Cada día, los emigrantes que trabajan en los países ricos envían dinero a sus familias en los países en desarrollo. Son sólo unos cientos de dólares aquí y allí. Pero en el año 2002 esas remesas sumaron 80.000 millones de dólares, una cantidad que supera la de la ayuda exterior y una de las mayores fuentes de divisas para los países pobres. Desde que comenzó su espectacular crecimiento en los 90, este flujo de dinero está sacando a países de la pobreza, creando nuevos cauces financieros y transformando la política internacional.

Cuál es la fuente de dinero más fiable para los países pobres? ¿Cuál es la principal fuente de capital extranjero para las pequeñas empresas familiares en el mundo en vías de desarrollo? ¿Cómo se las arregla para sobrevivir la mayor parte de la gente en países destruidos como Afganistán, Haití, Liberia y Somalia? ¿Cuál es el factor común que ha financiado conflictos internos en escenarios tan distintos como Irlanda del Norte, Sri Lanka y Ruanda? ¿Cómo es posible que países tan débiles económicamente como Armenia y Eritrea mantengan políticas exteriores beligerantes y desastrosos conflictos fronterizos?



La respuesta a estas preguntas está en las remesas, el dinero que ganan los emigrantes trabajando en el extranjero y que envían a las familias que han dejado atrás, en su país. “Leche materna para las naciones pobres”, así definió el fenómeno un periódico asiático. Y no es una exageración. A medida que, en las dos últimas décadas, las naciones han abierto más sus fronteras a los trabajadores extranjeros, las remesas enviadas a los países en desarrollo pasaron de 17.700 millones de dólares (unos 15.000 millones de euros) en 1980 a 30.600 millones de dólares en 1990 y casi 80.000 millones en 2002. Son ya una importante fuente de divisas para los países pobres. En 2001 sumaron el doble de la ayuda exterior y 10 veces más que las transferencias de capital privado neto (el balance final después de deducir los gastos financieros como la repatriación de beneficios y el pago de intereses). Los principales beneficiarios son los países de rentas medias a bajas (con un PIB entre 736 dólares y 2.935 dólares per cápita), que reciben casi la mitad de todas las remesas mundiales.

Las remesas se han convertido en la última cause célèbre entre los gobiernos, fundaciones e instituciones multilaterales. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) ha patrocinado un estudio sobre estrategias que faciliten a los trabajadores residentes en Estados Unidos el envío de sus salarios

a Latinoamérica y el Caribe, donde las remesas, sólo en 2002, ascendieron a 32.000 millones de dólares (20 veces el volumen de la ayuda exterior estadounidense para la región). El organismo de ayuda al desarrollo de EE UU (USAID) ha invertido 500.000 dólares en un programa similar para los 20 millones de trabajadores mexicanos que en 2002 enviaron casi 10.000 millones de dólares a su país de origen, el doble del valor de las exportaciones agrarias anuales de México y un tercio más que los ingresos mexicanos por turismo.

Los gobiernos de los países pobres también están haciendo lo posible para mantener las entradas de dinero. En Pakistán, el Gobierno reveló en julio un plan para exportar otros 200.000 trabajadores. “Esta ‘exportación’ de mano de obra ayudaría a 200.000 familias del mismo modo que la construcción de cuatro presas y dos carreteras daría trabajo y respiro a 500.000 familias”, observó su ministro de Trabajo.

A los gobiernos y organizaciones multilaterales no les entusiasma sólo el volumen de dinero: las remesas son la fuente más estable de flujos financieros. A diferencia de la ayuda exterior, éstas no están sujetas a los caprichos de los gobiernos donantes ni a las duras condiciones de las instituciones multilaterales de préstamo. Y, al contrario que las inversiones o los préstamos extranjeros, no dependen del comportamiento gregario de los inversores privados y los gestores de dinero. Durante las crisis económicas, cuando más necesitan el dinero, los países en vías de desarrollo no pueden confiar en los países ricos ni en los mercados financieros, sino en millones de emigrantes de clase obrera y sin poder. En términos financieros, las remesas son un regalo. Mientras que otras fuentes de capital tienen un coste para el receptor –pagos de intereses en los préstamos, repatriación de beneficios en las inversiones–, las remesas no exigen honorarios.

En los grupos dedicados a políticas de desarrollo estas remesas son bien acogidas. Se ajustan a una visión comunitaria, propia de la tercera vía –ni el socialismo ineficaz ni el capitalismo salvaje–, y ejemplifican el principio de la autosuficiencia. El dinero que envían los emigrantes no sólo ayuda a sus familias, sino también a la economía nacional. De esa forma, son los inmigrantes –y no los gobiernos–

los principales proveedores de ayuda exterior. En el país de acogida las remesas no suponen una costosa burocracia oficial y en el país receptor se reduce el riesgo de que funcionarios corruptos desvíen el dinero.

En un primer nivel, las remesas de dinero sirven para ayudar a cada familia: 200 dólares al mes pueden suponer la diferencia entre vivir en la pobreza más abyecta y tener para comer. En un plano más general, esas pequeñas transacciones, repetidas miles de veces cada día en todo el mundo, están sellando discretamente el destino de naciones enteras. El aumento de personas que trabajan fuera de su país está transformando el debate sobre la inmigración en los países industrializados y obligando a los países pobres a aceptar la doble nacionalidad, que ayuda a sus ciudadanos a encontrar mejores puestos de trabajo y enviar a casa más dinero. Los políticos que buscan financiación para sus campañas electorales deben escuchar más las necesidades de los expatriados de sus países, cada vez más numerosos. Y los políticos que pretenden cortar el flujo de dinero hacia grupos terroristas se están esforzando por aprender a distinguir el buen dinero del malo en el oscuro sistema de transferencias financieras que ha evitado que los habitantes de Estados en bancarrota como Somalia sucumbieran por completo. Como sucede con otros motores de la integración mundial, las remesas suponen el doble desafío de controlar los grandes beneficios de las fuerzas informales y a la vez minimizar los efectos indeseados.

CONECTADOS POR EL DINERO

La explicación más clara del crecimiento de las remesas en los últimos años es el constante aumento de la emigración.

Naciones Unidas calcula que en 2000 unos 175 millones de personas vivían fuera de su país de origen, frente a 154 millones en 1990. De ellos, el 60% reside en regiones desarrolladas. En EE UU, donde casi la mitad de la población extranjera lleva en el país 10 años o menos, el número de inmigrantes ilegales pasó de 2,5 millones en 1989 a 8,5 millones en 2000. En 17 países europeos, la población extranjera pasó de 15,8 millones en 1988 a 21,7 millones en 1998. Los trabajadores extranjeros siguen siendo más del 50% de la mano de obra en los países exportadores de petróleo del Golfo Pérsico.

Otra razón del crecimiento relativamente repentino de las remesas en los 90 es que muchos países pobres, bajo los auspicios del FMI, relajaron

los controles sobre la compraventa de moneda extranjera. Esta política redujo enormemente el mercado negro de divisas extranjeras y alivió las restricciones a los bancos y otros intermediarios. Por consiguiente, el aumento en las cifras oficiales de las remesas es un reflejo parcial del paso de canales informales a canales formales.

Otro factor menos visible impulsa el aumento de las remesas: una infraestructura pujante que ha facilitado el movimiento de dinero a través de las fronteras. La manifestación más conocida es Western Union, una empresa estadounidense cuyos ingresos anuales ascienden a unos 2.000 millones de dólares, que permite enviar giros a cualquiera de sus sucursales. En 1996, la empresa disponía de 35.000 agencias en todo el mundo, de las cuales sólo 10.000 estaban fuera de Norteamérica. En 2002 los clientes ya podían enviar giros a 151.000 sucursales, 95.000 de ellas situadas fuera de Norteamérica.

Las transferencias de dinero son caras. Enviar 200 dólares de EE UU a Filipinas a través de una empresa como Western Union cuesta unos 17 dólares, más gastos adicionales, y casi todos los bancos cobran tarifas similares. Los altos costes de las remesas (alrededor del 12% de los 25.000 millones que se calcula que se envían desde EE UU) y la promesa de grandes beneficios han atraído a nuevos jugadores. Hace poco, el Consejo Mundial de Cooperativas de Crédito, que representa a más de 40.000 entidades crediticias regionales y nacionales, con miembros y afiliados en 79 países, puso en marcha la Red Internacional de Remesas (Innet), con el fin de facilitar las transferencias desde EE UU. Innet no cobra tasas y ofrece mejores tipos de cambio, pero, por ahora, sólo presta servicio a sus miembros. El BID está ayudando a crear una plataforma electrónica común en toda Latinoamérica y el Caribe para realizar las transacciones entre los diversos intermediarios que gestionan las remesas.

En la calle

A pesar del crecimiento de los mecanismos formales de transferencia como Western Union y los cajeros automáticos, todavía circula mucho dinero a través de cauces informales (a veces, clandestinos), sin regulación del gobierno. Estos mecanismos –conocidos con el nombre de Sistemas informales de transferencia de valores (SITV)– datan de hace siglos, sobre todo en Asia. Entre ellos están los hawala (Oriente Medio, Afganistán, Pakistán), hundi (India), fei ch'ien (China), phoe kuan (Tailandia), hui (Vietnam) y los encomenderos y el mercado negro de cambio de pesos (Suramérica). Estas redes, basadas en tecnologías rudimentarias y baratas, pueden transferir decenas de miles de millones de dólares anuales en todo el mundo y ofrecen rapidez, facilidad de acceso, bajo coste y anonimato. Se calcula que en el año 2000 se remitieron entre 200 y 500 millones de dólares a Somalia a través de los SITV (frente a 60 millones de dólares de la ayuda exterior). Para explicar el proceso brevemente, el remitente entrega el dinero a un agente de SITV (normalmente, en un barrio étnico), que da instrucciones, por fax o teléfono a su homólogo en la región de destino, quien efectúa el pago en horas. Las liquidaciones se hacen mediante una transferencia en la dirección opuesta, mensajeros privados o giros. Otro modo de cuadrar las cuentas es facturar por menos del valor real de mercancías enviadas al extranjero que el receptor puede revender a un precio de mercado mayor.

Tras los atentados del 11-S en 2001, los gobiernos y los medios occidentales calificaron estos mecanismos informales como redes siniestras de financiación del terrorismo. Es cierto que, en ocasiones, estos servicios están relacionados con actividades delictivas, entre ellas sobornos, tráfico de drogas, evasión fiscal, contrabando de inmigrantes ilegales y el mercado negro de órganos humanos. Sin embargo, como decía en su conclusión un estudio del Ministerio de Justicia holandés, "los SITV no están invadidos ni controlados por criminales, (...) [muchos] recurren a los SITV para enviar dinero a sus familias porque siguen tradiciones culturales o porque son más rápidos, más baratos y más cómodos que ninguna otra alternativa".

¿Y qué hicieron los que perpetraron los atentados del 11-S?

Recibieron la mayoría de sus fondos a través de cauces normales, como tarjetas de crédito, cajeros automáticos y giros telegráficos.

También los grandes bancos comerciales persiguen el oro que representan las remesas. Los de Portugal se adaptaron muy pronto, al ver, desde los 80, las oportunidades de beneficiarse de las grandes cantidades de dinero que enviaban los trabajadores portugueses en el extranjero. Abrieron sucursales en países con mucha emigración portuguesa, como Francia; ofrecieron servicios de transferencia gratuitos, y se encargaron de que las agencias locales entregaran el dinero a los familiares en los lugares de origen. A finales de los años 90, los depósitos de los emigrantes eran alrededor del 20% del total del sistema bancario portugués. Cuando los grandes bancos españoles y estadounidenses empezaron a comprar bancos mexicanos observaron que podían conseguir que los emigrantes se convirtieran en verdaderos clientes, lo que causó una gran expansión de sucursales a ambos lados de la frontera de México y EE UU. El negocio de las transferencias ya rinde dividendos. En el Bank of America, el 33% de los clientes que enviaban remesas entre EE UU y México ha abierto una cuenta.

Los nuevos productos bancarios basados en nuevas tecnologías también han impulsado las remesas. Los bancos estadounidenses han empezado a dar a los inmigrantes tarjetas de crédito para enviar dinero a sus familiares en México, aunque no tengan una cuenta bancaria. Los inmigrantes pagan con la tarjeta como si hicieran depósitos en una cuenta corriente. Luego, sus familias pueden sacar el dinero en los cajeros automáticos o utilizar la tarjeta en grandes superficies. Se prevé que los cajeros automáticos, que en 2002 sólo obtuvieron un diminuto 0,2% del mercado de las remesas, se hagan con el 11% de aquí a 2006. La competencia de estos servicios ha hecho descender los costes de los giros bancarios a menos de la mitad en los últimos años.

Una consecuencia a largo plazo imprevista es el fortalecimiento de la débil red de sucursales bancarias en México. Sólo uno de cada cinco mexicanos posee una cuenta bancaria, y gran parte de la región central del país –la que más trabajadores envía a EE UU– carece de sucursales. La falta de crédito formal en México ha perjudicado especialmente a las microempresas de las ciudades pequeñas, que no han podido financiar sus actividades a través de los bancos. El desarrollo de una red fuerte de sucursales en zonas donde hasta ahora casi no había, construida sobre una sólida base de remesas, puede llegar a producir un resultado institucional muy positivo.



El poder de los emigrantes:

activistas

filipinos exigen a sus emigrantes

que dejen de enviar remesas a

casa, en

protesta contra el presidente

Estrada en 2000.

ECONOMÍA ASCENDENTE

La ayuda exterior a los países en desarrollo se transmite a través de organismos burocráticos y organizaciones no gubernamentales, mientras que las remesas de dinero de los emigrantes van directamente a sus hogares. Después de cubrir necesidades básicas como el vestido, los alimentos y la asistencia sanitaria, ese dinero se dedica, muchas veces, a comprar tierras,

herramientas agrícolas y ganado, o incluso a pagar los gastos de viaje para que otro miembro más de la familia vaya a trabajar al extranjero.

Últimamente, los inmigrantes han empezado a reunir sus remesas de dinero y emplearlas en fines de uso público. En todo EE UU, durante los últimos 10 años, los mexicanos han creado asociaciones con arreglo a sus lugares de origen para financiar proyectos de obras públicas y pequeñas empresas en esas ciudades. El Gobierno mexicano concede subvenciones equivalentes para completar los envíos. No está claro hasta qué punto estas iniciativas crean puestos de trabajo y hacen menos necesario emigrar. Tal vez, el mayor beneficio es que esas asociaciones permiten a los inmigrantes conservar los lazos con sus ciudades natales, una relación que es cada vez más importante a medida que nacen las segundas y terceras generaciones de las familias. Sin ese vínculo, los hijos de los trabajadores emigrados, que han crecido con privaciones y han visto cómo sus padres enviaban parte de sus salarios al extranjero, podrían verse menos inclinados a compartir sus ganancias.

Los tipos de comunidades que reciben las remesas de dinero pueden variar de un país a otro. En México y Centroamérica, suelen ir a parar a hogares pobres en el medio rural. En otros países, como Filipinas, Vietnam y Pakistán, las más beneficiadas son familias relativamente más acomodadas. En parte, esta diferencia es producto de la geografía. Las regiones que limitan con países ricos (por ejemplo, Centroamérica, que está cerca de EE UU, y el norte de África, que está cerca de Europa occidental) tienen más emigrantes pobres, porque los gastos de viaje son mucho menores. Las familias pobres que viven en el África subsahariana tienen menos opciones, porque los países vecinos padecen seguramente las mismas luchas civiles y problemas económicos que el suyo. Un puesto de trabajo con un sueldo decente en el extranjero puede ser una inversión muy buena. En Somalia, un billete de avión y un visado para ir a trabajar al Golfo Pérsico cuesta unos 3.000 dólares. Si el destino es Europa o Norteamérica, el precio puede llegar a 5.000.

Las remesas de dinero de los emigrantes están sacando a comunidades y, en algunos casos, a países enteros de la pobreza

El número de hogares acomodados que envían a alguno de sus miembros

al extranjero se refleja en el nivel educativo de los emigrantes. El 80% de los emigrantes indios mayores de 25 años que viven en países industrializados tiene un título universitario, frente al 2,5% de ese grupo de edad en India. Ahora bien, tener un título superior no garantiza un empleo mejor remunerado. En Hong Kong, el 61% de los trabajadores filipinos tiene el título de bachillerato y casi el 32% un título universitario, pero más del 94% desempeña trabajos mal pagados, como limpiar casas.

El predominio de personas con estudios entre los emigrantes despierta la preocupación de que los países en vías de desarrollo estén renunciando a su capital humano más valioso a cambio de los envíos de dinero. Pero no se trata de un verdadero quid pro quo. La fuga de cerebros que sí tiene consecuencias negativas para los países en vías de desarrollo es la emigración de quienes ocupan el peldaño profesional más alto; no los que tienen un título de bachillerato o universidad, sino los ingenieros, médicos y profesores que tienen una importancia fundamental para la construcción de las instituciones. Este grupo ocupa el 10% superior de renta en los países pobres y, cuando emigran, en general, sus familias no necesitan que les envíen dinero.

Lo más importante es que las remesas ayudan a sacar a comunidades y, a veces, a países enteros de la pobreza. Las remesas no se suman automáticamente a los recursos presupuestarios de un gobierno, pero elevan el nivel de ahorro y el acceso a las divisas. En República Dominicana, a finales de los años 90, el gran volumen de remesas no sólo contribuyó al rápido crecimiento económico del país —el más alto de la región—, sino que ayudó a reducir la pobreza crónica.

En tiempos de crisis económica, las remesas son una red de protección para el consumo privado. A finales de los años 90, cuando Ecuador experimentó la peor crisis financiera del siglo, más de 250.000 personas abandonaron el país. Las remesas de dinero pasaron de 643 millones de dólares en 1997 a más de 1.400 millones de dólares en 2001, hasta representar el 10% del PIB. En Armenia, las remesas ayudaron a amortiguar la contundente crisis (el PIB per cápita cayó de 1.590 dólares en 1990 a 173 dólares en 1994) sufrida tras la desintegración de la Unión Soviética y el bloqueo generado por el conflicto con Azerbaiyán

por el territorio en disputa de Nagorno-Karabaj. Muchos armenios con preparación emigraron a Rusia y, al cabo de unos años, la población obtenía tantos ingresos de sus envíos como de los sueldos de sus trabajos legítimos en el país. Del mismo modo, Cuba tuvo que emprender medidas para atraer las remesas –por ejemplo, legalizó la posesión de dólares– cuando los precios mundiales del azúcar cayeron y Moscú interrumpió la ayuda económica tras la desaparición de la Unión Soviética. En 1995, coincidiendo con una grave crisis de divisas, durante la que las ayudas e inversiones extranjeras en la isla fueron sólo de 100 millones de dólares y las exportaciones sólo de 1.100 millones de dólares, las remesas sumaron unos 530 millones de dólares, frente a los 50 millones de 1990. Esto tuvo una consecuencia imprevista: el aumento de las disparidades en un sistema que basa su legitimidad en su firme compromiso con la igualdad. Las remesas tienen un claro sesgo racial: la diáspora es esencialmente blanca; la mayoría de la población de la isla es negra.

LA DIPLOMACIA DEL DÓLAR

El viejo axioma político de “seguir la pista del dinero” ha adquirido un significado nuevo desde que los salarios viajan de un extremo del mundo a otro. Desde Rusia hasta India, los rendimientos de las remesas han hecho que los políticos modifiquen sus actitudes frente a los emigrados y pasen de un olvido benévolo a una búsqueda activa del voto. Los candidatos presidenciales de República Dominicana (donde las remesas representan alrededor del 10% del PIB) han hecho campaña entre las comunidades de expatriados en Estados Unidos. Los emigrantes de El Salvador, Guatemala y Nicaragua pueden llegar a decidir el resultado de las próximas elecciones centroamericanas, pues tienden a financiar campañas de políticos moderados y no las de personas como el sandinista Daniel Ortega, ex candidato a la presidencia de Nicaragua.

También se está extendiendo en los países en vías de desarrollo la doble nacionalidad. En Filipinas –donde un abrumador 20% del electorado vive en el extranjero y envía a casa unos 6.400 millones de dólares al año–, los legisladores han aprobado un nuevo proyecto de ley que concedería a los emigrantes nacionalizados en el extranjero el derecho a votar en las próximas elecciones nacionales.

Uno de los patrocinadores del proyecto considera que es un instrumento para la reforma política, porque a los que trabajan en el extranjero “no pueden comprarlos, intimidarlos ni engañarlos los políticos sin escrúpulos”. Colombia permite incluso que haya un representante elegido de los emigrantes en el Congreso.

En los países que reciben a los expatriados, las remesas han alterado las políticas de inmigración. Hace poco, el Gobierno mexicano empezó a distribuir un documento de identidad llamado matrícula consular a los emigrantes en EE UU, independientemente de su situación legal. Varios bancos en EE UU aceptan ya esas tarjetas para abrir cuentas. Aunque las matrículas no legalizan a los extranjeros sin papeles, sí sirven para integrarlos en la sociedad estadounidense. Más de 800 departamentos de policía y 400 ciudades aceptan la tarjeta como documento de identidad válido, y 13 Estados la consideran documentación suficiente para obtener el carnet de conducir.

Los envíos de dinero de los emigrantes influyen también en la política internacional. La aparición de “comunidades de remesas de dinero” crea unas relaciones simbióticas entre los países de origen y de destino, a veces con consecuencias desagradables. Después de la Guerra del Golfo de 1991, los países de la zona expulsaron a los trabajadores de Jordania y Yemen, sobre todo los palestinos, por su apoyo al presidente iraquí Saddam Hussein. La resistencia de India a apoyar un ataque dirigido por Washington contra Irak en 2003 se debió, en parte, a las remesas de dinero. “Nuestro interés concreto en la crisis actual se deriva de la presencia de millones de expatriados de nuestro país que viven y trabajan en la región del Golfo”, reconoció, el pasado febrero, el embajador indio ante la ONU. Ante la grave contracción económica producida durante la crisis financiera asiática, Malaisia y Tailandia expulsaron a los trabajadores indonesios, un hecho que exacerbó los problemas económicos de Indonesia y aumentó las tensiones políticas entre los miembros de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático.

El control de las remesas como instrumento de guerra ha quedado muy claro en el conflicto entre Israel y Palestina. En el año 2000, Israel redujo drásticamente la concesión de permisos de trabajo a los palestinos

por motivos de seguridad y, para sustituirles, importó a unos 250.000 trabajadores extranjeros, sobre todo de Asia oriental y África. Los palestinos de Gaza y Cisjordania se encontraron con que su PIB per cápita cayó un 30% entre 2001 y 2002. Por el contrario, las salidas de dinero de Israel se triplicaron en los 90, hasta casi 3.000 millones de dólares en 2001.

La dinámica de los flujos de dinero cambió por completo después de los atentados del 11-S. Para Pakistán, un país atrapado en el torbellino, y en el que las remesas habían ascendido a mil millones de dólares en 2000, el cambio supuso una bendición económica. Muchos paquistaníes con ahorros en cuentas en el exterior repatriaron su dinero, por miedo a salir mal parados en las investigaciones estadounidenses sobre la financiación de los terroristas; en 2002, las remesas que entraron en Pakistán sobrepasaron los 3.000 millones de dólares. Sin embargo, el 11-S tuvo consecuencias desastrosas para Somalia, que dependía cada vez más de las remesas desde que el país cayó en la anarquía tras la apresurada salida de las fuerzas de pacificación en 1994. A falta de un gobierno central y un sistema de banca privada reconocido, los envíos estaban controlados por una sola empresa, calificada por EE UU como “la intendencia del terror” y cerrada en 2001, aunque, posteriormente, las pruebas resultaron poco sólidas. Las remesas de dinero representaban en Somalia entre el 25% y el 40% del PIB nacional, por lo que las repercusiones en una economía tan pobre fueron terribles.

Como enseña el caso de Somalia, para la población de Estados en bancarrota como Congo y Afganistán, y para pueblos sin Estado (palestinos, kurdos y Eritrea y Timor Oriental antes de la independencia), las remesas del extranjero son el oxígeno esencial, no sólo para la supervivencia de los familiares y el consumo doméstico, sino también para financiar causas políticas. En otros lugares, como Armenia y Croacia, las remesas han sufragado un nacionalismo a larga distancia que ha respaldado regímenes autoritarios y ha dificultado los esfuerzos para solucionar conflictos regionales. Lo habitual ha sido que el dinero lo enviaran los expatriados desde países industrializados, ya fueran estadounidenses de origen irlandés que hacían donaciones al IRA o esrilanquenses de Canadá que enviaban dinero al Eelam, el Ejército de Liberación de los Tigres de Tamil.

¿DEVOLVER AL REMITENTE?

Las remesas están transformando calladamente el mundo, en general para mejorarlo. Sin embargo, corren el peligro de convertirse en víctimas de la guerra contra el terrorismo. Al imponer sanciones generalizadas contra gobiernos e intermediarios financieros sospechosos de financiar grupos como Al Qaeda, Washington y el Grupo de Acción Financiera contra el Blanqueo de Dinero, con sede en París, están privando de ese dinero a los países que más lo necesitan. Y, dentro de la labor de vigilancia de las transacciones sospechosas, los países occidentales están obligando a las instituciones que realizan transferencias de dinero a otros países a instalar nuevas y costosas tecnologías que unos Estados arruinados no pueden permitirse. En vez de utilizar unos instrumentos tan burdos, la comunidad internacional debería construir, bajo los auspicios de una organización multilateral del tipo del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, una estructura financiera que abarate los costes del envío de dinero e incremente la transparencia, con el fin de tranquilizar a los gobiernos inquietos. Probablemente, esta iniciativa costaría mucho menos que vigilar las transferencias monetarias, y también ahorraría dinero al compensar la necesidad de enviar ayuda exterior de carácter oficial.

Los países en vías de desarrollo pueden poner su granito de arena para sacar el máximo provecho de las remesas. Pueden regular más la actividad de los intermediarios en el mercado de trabajo –por ejemplo, los contratistas que reclutan agricultores–, para garantizar a los trabajadores inmigrantes los salarios y las demás formas de compensación que les corresponden. Ahora bien, los gobiernos no deben intentar aumentar las remesas de dinero con incentivos como la exención de impuestos; tales políticas fomentan inevitablemente la evasión fiscal, ya que los residentes sacan dinero del país y lo vuelven a introducir disfrazado de remesas. Por el contrario, los países pueden obtener más rendimiento de las remesas si estimulan un entorno económico favorable, que anime a las familias a canalizar ese dinero hacia inversiones productivas, y no el mero consumo esencial. Promover una mayor competencia en el sector financiero y garantizar una mayor penetración de las instituciones financieras formales, especialmente los bancos, en zonas con alto grado de emigración, puede ser la mejor

forma de afianzar los efectos en la producción a largo plazo de las remesas de dinero.

En definitiva, para que las remesas se conviertan en el principal mecanismo de envío de dinero a los países pobres, las naciones industrializadas tendrán que adoptar políticas de inmigración más liberales. Sin embargo, los gobiernos de los países ricos, que ya sufren una reacción interna contra los emigrantes, a los que se acusa de robar puestos de trabajo y rebajar los salarios, no parecen muy dispuestos a emprender una iniciativa tan audaz. Después de los atentados terroristas del 11-S, las autoridades de EE UU informaron al Gobierno mexicano de que no era probable que las leyes de inmigración fueran a cambiar a corto plazo. Los defensores de unas políticas de inmigración más razonables –que afirman, desde hace mucho, que los trabajadores extranjeros no debilitan la productividad, sino que la refuerzan– incluyen ahora las remesas entre sus temas de negociación, e intentan explicar que la autorización para que más inmigrantes envíen dinero a sus países es una causa moral similar a la condonación de la deuda. Hay que reconocerles el mérito de que se esfuercen por dar un rostro humano a la pobreza en los países en vías de desarrollo, pese a que los países industrializados se sienten más cómodos, muchas veces, con programas de reducción de la pobreza que mantengan esos rostros humanos alejados.



¿Algo más?

El artículo se basa en la monografía de los autores Sharing the Spoils: International Human Capital Flows and Developing Countries, de próxima publicación (Center for Global Development, Washington, 2004). Para obtener más información sobre los flujos internacionales

de inmigrantes, ver 'International Migration: Facing the Challenge' (Population Bulletin, vol. 57, nº 1, marzo, 2002) y Trends in International Migration (OCDE, Washington, febrero, 2003), disponible en inglés en la página web de la OCDE (www.oecd.org).

Sobre flujos migratorios en Latinoamérica, ver 'Localización y migración internacional: la experiencia latinoamericana', de Andrés Solimano, en Revista de la CEPAL (agosto, 2003) y el informe Migraciones y desplazamientos de población expuesto en la XVI Conferencia Interparlamentaria Unión Europea/América Latina por el eurodiputado Fernando Fernández Martín (abril, 2003).

Sobre las tendencias en la circulación de las remesas de divisas que salen de Estados Unidos, especialmente hacia Latinoamérica, ver los estudios de Fomin (Fondo Multilateral de Inversiones, rama del Banco Interamericano de Desarrollo dedicada al sector privado) y Diálogo Interamericano, Worker Remittances in an International Scope (Manuel Orozco, Diálogo Interamericano, Washington, 2003) y Receptores de remesas en Ecuador (Bemdixen & Associates, Miami, 2003). Sobre las remesas que envían desde España los inmigrantes latinoamericanos, ver el estudio Las remesas de emigrantes entre España y Latinoamérica. Resumen ejecutivo, realizado por la Confederación Española de Cajas de Ahorro (CECA) y financiado por el BID (noviembre de 2002). Susan Eckstein estudia las remesas de dinero enviadas a Cuba en Diasporas and Dollars: Transnational Ties and the Transformation of Cuba (Instituto de Tecnología de Massachusetts, documento de trabajo de Rosemarie Rogers nº 6, 2003).

El informe elaborado en 2003 por Nikos Passas Hawala and Other Informal Value Transfer Systems: How to Regulate Them? está disponible en la página web del Departamento de Estado de EE UU. Cindy Horst y Nick Van Hear estudian el efecto de la lucha antiterrorista sobre los flujos de remesas en 'Counting the Cost: Refugees, Remittances, and the War Against Terrorism' (Forced Migration Review, nº 14, julio, 2002).

Salvados por las remesas

Cada día, los emigrantes que trabajan en los países ricos envían dinero a sus familias en los países en desarrollo. Son sólo unos cientos de dólares aquí y allí. Pero en el año 2002 esas remesas sumaron 80.000 millones de dólares, una cantidad que supera la de la ayuda exterior y una de las mayores fuentes de divisas para los países pobres. Desde que comenzó su espectacular crecimiento en los 90, este flujo de dinero está sacando a países de la pobreza, creando nuevos cauces financieros y transformando la política internacional. [Devesh Kapur y John McHale](#)

Cuál es la fuente de dinero más fiable para los países pobres? ¿Cuál es la principal fuente de capital extranjero para las pequeñas empresas familiares en el mundo en vías de desarrollo? ¿Cómo se las arregla para sobrevivir la mayor parte de la gente en países destruidos como Afganistán, Haití, Liberia y Somalia? ¿Cuál es el factor común que ha financiado conflictos internos en escenarios tan distintos como Irlanda del Norte, Sri Lanka y Ruanda? ¿Cómo es posible que países tan débiles económicamente como Armenia y Eritrea mantengan políticas exteriores beligerantes y desastrosos conflictos fronterizos?



La respuesta a estas preguntas está en las remesas, el dinero que ganan los emigrantes trabajando en el extranjero y que envían a las familias que han dejado atrás, en su país. “Leche materna para las naciones pobres”, así definió el fenómeno un periódico asiático. Y no es una exageración. A medida que, en las dos últimas décadas, las naciones han abierto más sus fronteras a los trabajadores extranjeros, las remesas enviadas a los países en desarrollo pasaron de 17.700 millones de dólares (unos 15.000 millones de euros) en 1980 a 30.600 millones de dólares en 1990 y casi 80.000 millones en 2002. Son ya una importante fuente de divisas para los países pobres. En 2001 sumaron el doble de la ayuda exterior y 10 veces más que las transferencias de capital privado neto (el balance final después de deducir los gastos financieros como la repatriación de beneficios y el pago de intereses). Los principales beneficiarios son los países de rentas medias a bajas (con un PIB entre 736 dólares y 2.935 dólares per cápita), que reciben casi la mitad de todas las remesas mundiales.

Las remesas se han convertido en la última cause célèbre entre los gobiernos, fundaciones e instituciones multilaterales. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) ha patrocinado un estudio sobre estrategias que faciliten a los trabajadores residentes en Estados Unidos el envío de sus salarios

a Latinoamérica y el Caribe, donde las remesas, sólo en 2002, ascendieron a 32.000 millones de dólares (20 veces el volumen de la ayuda exterior estadounidense para la región). El organismo de ayuda al desarrollo de EE UU (USAID) ha invertido 500.000 dólares en un programa similar para los 20 millones de trabajadores mexicanos que en 2002 enviaron casi 10.000 millones de dólares a su país de origen, el doble del valor de las exportaciones agrarias anuales de México y un tercio más que los ingresos mexicanos por turismo.

Los gobiernos de los países pobres también están haciendo lo posible para mantener las entradas de dinero. En Pakistán, el Gobierno reveló en julio un plan para exportar otros 200.000 trabajadores. “Esta ‘exportación’ de mano de obra ayudaría a 200.000 familias del mismo modo que la construcción de cuatro presas y dos carreteras daría trabajo y respiro a 500.000 familias”, observó su ministro de Trabajo.

A los gobiernos y organizaciones multilaterales no les entusiasma sólo el volumen de dinero: las remesas son la fuente más estable de flujos financieros. A diferencia de la ayuda exterior, éstas no están sujetas a los caprichos de los gobiernos donantes ni a las duras condiciones de las instituciones multilaterales de préstamo. Y, al contrario que las inversiones o los préstamos extranjeros, no dependen del comportamiento gregario de los inversores privados y los gestores de dinero. Durante las crisis económicas, cuando más necesitan el dinero, los países en vías de desarrollo no pueden confiar en los países ricos ni en los mercados financieros, sino en millones de emigrantes de clase obrera y sin poder. En términos financieros, las remesas son un regalo. Mientras que otras fuentes de capital tienen un coste para el receptor –pagos de intereses en los préstamos, repatriación de beneficios en las inversiones–, las remesas no exigen honorarios.

En los grupos dedicados a políticas de desarrollo estas remesas son bien acogidas. Se ajustan a una visión comunitaria, propia de la tercera vía –ni el socialismo ineficaz ni el capitalismo salvaje–, y ejemplifican el principio de la autosuficiencia. El dinero que envían los emigrantes no sólo ayuda a sus familias, sino también a la economía nacional. De esa forma, son los inmigrantes –y no los gobiernos–

los principales proveedores de ayuda exterior. En el país de acogida las remesas no suponen una costosa burocracia oficial y en el país receptor se reduce el riesgo de que funcionarios corruptos desvíen el dinero.

En un primer nivel, las remesas de dinero sirven para ayudar a cada familia: 200 dólares al mes pueden suponer la diferencia entre vivir en la pobreza más abyecta y tener para comer. En un plano más general, esas pequeñas transacciones, repetidas miles de veces cada día en todo el mundo, están sellando discretamente el destino de naciones enteras. El aumento de personas que trabajan fuera de su país está transformando el debate sobre la inmigración en los países industrializados y obligando a los países pobres a aceptar la doble nacionalidad, que ayuda a sus ciudadanos a encontrar mejores puestos de trabajo y enviar a casa más dinero. Los políticos que buscan financiación para sus campañas electorales deben escuchar más las necesidades de los expatriados de sus países, cada vez más numerosos. Y los políticos que pretenden cortar el flujo de dinero hacia grupos terroristas se están esforzando por aprender a distinguir el buen dinero del malo en el oscuro sistema de transferencias financieras que ha evitado que los habitantes de Estados en bancarrota como Somalia sucumbieran por completo. Como sucede con otros motores de la integración mundial, las remesas suponen el doble desafío de controlar los grandes beneficios de las fuerzas informales y a la vez minimizar los efectos indeseados.

CONECTADOS POR EL DINERO

La explicación más clara del crecimiento de las remesas en los últimos años es el constante aumento de la emigración.

Naciones Unidas calcula que en 2000 unos 175 millones de personas vivían fuera de su país de origen, frente a 154 millones en 1990. De ellos, el 60% reside en regiones desarrolladas. En EE UU, donde casi la mitad de la población extranjera lleva en el país 10 años o menos, el número de inmigrantes ilegales pasó de 2,5 millones en 1989 a 8,5 millones en 2000. En 17 países europeos, la población extranjera pasó de 15,8 millones en 1988 a 21,7 millones en 1998. Los trabajadores extranjeros siguen siendo más del 50% de la mano de obra en los países exportadores de petróleo del Golfo Pérsico.

Otra razón del crecimiento relativamente repentino de las remesas en

los 90 es que muchos países pobres, bajo los auspicios del FMI, relajaron los controles sobre la compraventa de moneda extranjera. Esta política redujo enormemente el mercado negro de divisas extranjeras y alivió las restricciones a los bancos y otros intermediarios. Por consiguiente, el aumento en las cifras oficiales de las remesas es un reflejo parcial del paso de canales informales a canales formales.

Otro factor menos visible impulsa el aumento de las remesas: una infraestructura pujante que ha facilitado el movimiento de dinero a través de las fronteras. La manifestación más conocida es Western Union, una empresa estadounidense cuyos ingresos anuales ascienden a unos 2.000 millones de dólares, que permite enviar giros a cualquiera de sus sucursales. En 1996, la empresa disponía de 35.000 agencias en todo el mundo, de las cuales sólo 10.000 estaban fuera de Norteamérica. En 2002 los clientes ya podían enviar giros a 151.000 sucursales, 95.000 de ellas situadas fuera de Norteamérica.

Las transferencias de dinero son caras. Enviar 200 dólares de EE UU a Filipinas a través de una empresa como Western Union cuesta unos 17 dólares, más gastos adicionales, y casi todos los bancos cobran tarifas similares. Los altos costes de las remesas (alrededor del 12% de los 25.000 millones que se calcula que se envían desde EE UU) y la promesa de grandes beneficios han atraído a nuevos jugadores. Hace poco, el Consejo Mundial de Cooperativas de Crédito, que representa a más de 40.000 entidades crediticias regionales y nacionales, con miembros y afiliados en 79 países, puso en marcha la Red Internacional de Remesas (Innet), con el fin de facilitar las transferencias desde EE UU. Innet no cobra tasas y ofrece mejores tipos de cambio, pero, por ahora, sólo presta servicio a sus miembros. El BID está ayudando a crear una plataforma electrónica común en toda Latinoamérica y el Caribe para realizar las transacciones entre los diversos intermediarios que gestionan las remesas.

En la calle.

A pesar del crecimiento de los mecanismos formales de transferencia como Western Union y los cajeros automáticos, todavía circula mucho dinero a través de cauces informales (a veces, clandestinos), sin regulación del gobierno. Estos mecanismos –conocidos con el nombre de Sistemas informales de transferencia de valores (SITV)– datan de hace siglos, sobre todo en Asia. Entre ellos están los hawala (Oriente Medio, Afganistán, Pakistán), hundi (India), fei ch'ien (China), phoe kuan (Tailandia), hui (Vietnam) y los encomenderos y el mercado negro de cambio de pesos (Suramérica). Estas redes, basadas en tecnologías rudimentarias y baratas, pueden transferir decenas de miles de millones de dólares anuales en todo el mundo y ofrecen rapidez, facilidad de acceso, bajo coste y anonimato. Se calcula que en el año 2000 se remitieron entre 200 y 500 millones de dólares a Somalia a través de los SITV (frente a 60 millones de dólares de la ayuda exterior). Para explicar el proceso brevemente, el remitente entrega el dinero a un agente de SITV (normalmente, en un barrio étnico), que da instrucciones, por fax o teléfono a su homólogo en la región de destino, quien efectúa el pago en horas. Las liquidaciones se hacen mediante una transferencia en la dirección opuesta, mensajeros privados o giros. Otro modo de cuadrar las cuentas es facturar por menos del valor real de mercancías enviadas al extranjero que el receptor puede revender a un precio de mercado mayor.

Tras los atentados del 11-S en 2001, los gobiernos y los medios occidentales calificaron estos mecanismos informales como redes siniestras de financiación del terrorismo. Es cierto que, en ocasiones, estos servicios están relacionados con actividades delictivas, entre ellas sobornos, tráfico de drogas, evasión fiscal, contrabando de inmigrantes ilegales y el mercado negro de órganos humanos. Sin embargo, como decía en su conclusión un estudio del Ministerio de Justicia holandés, "los SITV no están invadidos ni controlados por criminales, (...) [muchos] recurren a los SITV para enviar dinero a sus familias porque siguen tradiciones culturales o porque son más rápidos, más baratos y más cómodos que ninguna otra alternativa".

¿Y qué hicieron los que perpetraron los atentados del 11-S?

Recibieron la mayoría de sus fondos a través de cauces normales, como tarjetas de crédito, cajeros automáticos y giros telegráficos.

También los grandes bancos comerciales persiguen el oro que representan las remesas. Los de Portugal se adaptaron muy pronto, al ver, desde los 80, las oportunidades de beneficiarse de las grandes cantidades de dinero que enviaban los trabajadores portugueses en el extranjero. Abrieron sucursales en países con mucha emigración portuguesa, como Francia; ofrecieron servicios de transferencia gratuitos, y se encargaron de que las agencias locales entregaran el dinero a los familiares en los lugares de origen. A finales de los años 90, los depósitos de los emigrantes eran alrededor del 20% del total del sistema bancario portugués. Cuando los grandes bancos españoles y estadounidenses empezaron a comprar bancos mexicanos observaron que podían conseguir que los emigrantes se convirtieran en verdaderos clientes, lo que causó una gran expansión de sucursales a ambos lados de la frontera de México y EE UU. El negocio de las transferencias ya rinde dividendos. En el Bank of America, el 33% de los clientes que enviaban remesas entre EE UU y México ha abierto una cuenta.

Los nuevos productos bancarios basados en nuevas tecnologías también han impulsado las remesas. Los bancos estadounidenses han empezado a dar a los inmigrantes tarjetas de crédito para enviar dinero a sus familiares en México, aunque no tengan una cuenta bancaria. Los inmigrantes pagan con la tarjeta como si hicieran depósitos en una cuenta corriente. Luego, sus familias pueden sacar el dinero en los cajeros automáticos o utilizar la tarjeta en grandes superficies. Se prevé que los cajeros automáticos, que en 2002 sólo obtuvieron un diminuto 0,2% del mercado de las remesas, se hagan con el 11% de aquí a 2006. La competencia de estos servicios ha hecho descender los costes de los giros bancarios a menos de la mitad en los últimos años.

Una consecuencia a largo plazo imprevista es el fortalecimiento de la débil red de sucursales bancarias en México. Sólo uno de cada cinco mexicanos posee una cuenta bancaria, y gran parte de la región central del país –la que más trabajadores envía a EE UU– carece de sucursales. La falta de crédito formal en México ha perjudicado especialmente a las microempresas de las ciudades pequeñas, que no han podido financiar sus actividades a través de los bancos. El desarrollo de una red fuerte de sucursales en zonas donde hasta ahora casi no había, construida sobre una sólida base de remesas, puede llegar a producir un resultado institucional muy positivo.



El poder de los emigrantes:
activistas
filipinos exigen a sus emigrantes
que dejen de enviar remesas a
casa, en
protesta contra el presidente
Estrada en 2000.

ECONOMÍA ASCENDENTE

La ayuda exterior a los países en desarrollo se transmite a través de organismos burocráticos y organizaciones no gubernamentales, mientras que las remesas de dinero de los emigrantes van directamente a sus hogares. Después de cubrir necesidades básicas como el vestido, los alimentos y la asistencia sanitaria, ese dinero se dedica, muchas veces, a comprar tierras, herramientas agrícolas y ganado, o incluso a pagar los gastos de viaje para que otro miembro más de la familia vaya a trabajar al extranjero.

Últimamente, los inmigrantes han empezado a reunir sus remesas de dinero y emplearlas en fines de uso público. En todo EE UU, durante los últimos 10 años, los mexicanos han creado asociaciones con arreglo a sus lugares de origen para financiar proyectos de obras públicas y pequeñas empresas en esas ciudades. El Gobierno mexicano concede subvenciones equivalentes para completar los envíos. No está claro hasta qué punto estas iniciativas crean puestos de trabajo y hacen menos necesario emigrar. Tal vez, el mayor beneficio es que esas asociaciones permiten a los inmigrantes conservar los lazos con sus ciudades natales, una relación que es cada vez más importante a medida que nacen las segundas y terceras generaciones de las familias. Sin ese vínculo, los hijos de los trabajadores emigrados, que han crecido con privaciones y han visto cómo sus padres enviaban parte de sus salarios al extranjero, podrían verse menos inclinados a compartir sus ganancias.

Los tipos de comunidades que reciben las remesas de dinero pueden variar de un país a otro. En México y Centroamérica, suelen ir a parar a hogares pobres en el medio rural. En otros países, como Filipinas, Vietnam y Pakistán, las más beneficiadas son familias relativamente más acomodadas. En parte, esta diferencia es producto de la geografía. Las regiones que limitan con países ricos (por ejemplo, Centroamérica, que está cerca de EE UU, y el norte de África, que está cerca de Europa occidental) tienen más emigrantes pobres, porque los gastos de viaje son mucho menores. Las familias pobres que viven en el África subsahariana tienen menos opciones, porque los países vecinos padecen seguramente las mismas luchas civiles y problemas económicos que el suyo. Un puesto de trabajo con un sueldo decente en el extranjero puede ser una inversión muy buena. En Somalia, un billete de avión y un visado para ir a trabajar al Golfo Pérsico cuesta unos 3.000 dólares. Si el destino es Europa

o Norteamérica, el precio puede llegar a 5.000.

**Las remesas de dinero de los emigrantes
están sacando a comunidades y, en algunos casos,
a países enteros de la pobreza**

El número de hogares acomodados que envían a alguno de sus miembros al extranjero se refleja en el nivel educativo de los emigrantes. El 80% de los emigrantes indios mayores de 25 años que viven en países industrializados tiene un título universitario, frente al 2,5% de ese grupo de edad en India. Ahora bien, tener un título superior no garantiza un empleo mejor remunerado. En Hong Kong, el 61% de los trabajadores filipinos tiene el título de bachillerato y casi el 32% un título universitario, pero más del 94% desempeña trabajos mal pagados, como limpiar casas.

El predominio de personas con estudios entre los emigrantes despierta la preocupación de que los países en vías de desarrollo estén renunciando a su capital humano más valioso a cambio de los envíos de dinero. Pero no se trata de un verdadero quid pro quo. La fuga de cerebros que sí tiene consecuencias negativas para los países en vías de desarrollo es la emigración de quienes ocupan el peldaño profesional más alto; no los que tienen un título de bachillerato o universidad, sino los ingenieros, médicos y profesores que tienen una importancia fundamental para la construcción de las instituciones. Este grupo ocupa el 10% superior de renta en los países pobres y, cuando emigran, en general, sus familias no necesitan que les envíen dinero.

Lo más importante es que las remesas ayudan a sacar a comunidades y, a veces, a países enteros de la pobreza. Las remesas no se suman automáticamente a los recursos presupuestarios de un gobierno, pero elevan el nivel de ahorro y el acceso a las divisas. En República Dominicana, a finales de los años 90, el gran volumen de remesas no sólo contribuyó al rápido crecimiento económico del país —el más alto de la región—, sino que ayudó a reducir la pobreza crónica.

En tiempos de crisis económica, las remesas son una red de protección para el consumo privado. A finales de los años 90, cuando Ecuador experimentó la peor crisis financiera del siglo, más de 250.000 personas abandonaron

el país. Las remesas de dinero pasaron de 643 millones de dólares en 1997 a más de 1.400 millones de dólares en 2001, hasta representar el 10% del PIB. En Armenia, las remesas ayudaron a amortiguar la contundente crisis (el PIB per cápita cayó de 1.590 dólares en 1990 a 173 dólares en 1994) sufrida tras la desintegración de la Unión Soviética y el bloqueo generado por el conflicto con Azerbaiyán por el territorio en disputa de Nagorno-Karabaj. Muchos armenios con preparación emigraron a Rusia y, al cabo de unos años, la población obtenía tantos ingresos de sus envíos como de los sueldos de sus trabajos legítimos en el país. Del mismo modo, Cuba tuvo que emprender medidas para atraer las remesas –por ejemplo, legalizó la posesión de dólares– cuando los precios mundiales del azúcar cayeron y Moscú interrumpió la ayuda económica tras la desaparición de la Unión Soviética. En 1995, coincidiendo con una grave crisis de divisas, durante la que las ayudas e inversiones extranjeras en la isla fueron sólo de 100 millones de dólares y las exportaciones sólo de 1.100 millones de dólares, las remesas sumaron unos 530 millones de dólares, frente a los 50 millones de 1990. Esto tuvo una consecuencia imprevista: el aumento de las disparidades en un sistema que basa su legitimidad en su firme compromiso con la igualdad. Las remesas tienen un claro sesgo racial: la diáspora es esencialmente blanca; la mayoría de la población de la isla es negra.

LA DIPLOMACIA DEL DOLAR

El viejo axioma político de “seguir la pista del dinero” ha adquirido un significado nuevo desde que los salarios viajan de un extremo del mundo a otro. Desde Rusia hasta India, los rendimientos de las remesas han hecho que los políticos modifiquen sus actitudes frente a los emigrados y pasen de un olvido benévolo a una búsqueda activa del voto. Los candidatos presidenciales de República Dominicana (donde las remesas representan alrededor del 10% del PIB) han hecho campaña entre las comunidades de expatriados en Estados Unidos. Los emigrantes de El Salvador, Guatemala y Nicaragua pueden llegar a decidir el resultado de las próximas elecciones centroamericanas, pues tienden a financiar campañas de políticos moderados y no las de personas como el sandinista Daniel Ortega, ex candidato a la presidencia de Nicaragua.

También se está extendiendo en los países en vías de desarrollo la doble nacionalidad. En Filipinas –donde un abrumador

20% del electorado vive en el extranjero y envía a casa unos 6.400 millones de dólares al año—, los legisladores han aprobado un nuevo proyecto de ley que concedería a los emigrantes nacionalizados en el extranjero el derecho a votar en las próximas elecciones nacionales. Uno de los patrocinadores del proyecto considera que es un instrumento para la reforma política, porque a los que trabajan en el extranjero “no pueden comprarlos, intimidarlos ni engañarlos los políticos sin escrúpulos”. Colombia permite incluso que haya un representante elegido de los emigrantes en el Congreso.

En los países que reciben a los expatriados, las remesas han alterado las políticas de inmigración. Hace poco, el Gobierno mexicano empezó a distribuir un documento de identidad llamado matrícula consular a los emigrantes en EE UU, independientemente de su situación legal. Varios bancos en EE UU aceptan ya esas tarjetas para abrir cuentas. Aunque las matrículas no legalizan a los extranjeros sin papeles, sí sirven para integrarlos en la sociedad estadounidense. Más de 800 departamentos de policía y 400 ciudades aceptan la tarjeta como documento de identidad válido, y 13 Estados la consideran documentación suficiente para obtener el carnet de conducir.

Los envíos de dinero de los emigrantes influyen también en la política internacional. La aparición de “comunidades de remesas de dinero” crea unas relaciones simbióticas entre los países de origen y de destino, a veces con consecuencias desagradables. Después de la Guerra del Golfo de 1991, los países de la zona expulsaron a los trabajadores de Jordania y Yemen, sobre todo los palestinos, por su apoyo al presidente iraquí Saddam Hussein. La resistencia de India a apoyar un ataque dirigido por Washington contra Irak en 2003 se debió, en parte, a las remesas de dinero. “Nuestro interés concreto en la crisis actual se deriva de la presencia de millones de expatriados de nuestro país que viven y trabajan en la región del Golfo”, reconoció, el pasado febrero, el embajador indio ante la ONU. Ante la grave contracción económica producida durante la crisis financiera asiática, Malaisia y Tailandia expulsaron a los trabajadores indonesios, un hecho que exacerbó los problemas económicos de Indonesia y aumentó las tensiones políticas entre los miembros de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático.

El control de las remesas como instrumento de guerra ha quedado muy claro en el conflicto entre Israel y Palestina. En el año 2000, Israel redujo drásticamente la concesión de permisos de trabajo a los palestinos por motivos de seguridad y, para sustituirles, importó a unos 250.000 trabajadores extranjeros, sobre todo de Asia oriental y África. Los palestinos de Gaza y Cisjordania se encontraron con que su PIB per cápita cayó un 30% entre 2001 y 2002. Por el contrario, las salidas de dinero de Israel se triplicaron en los 90, hasta casi 3.000 millones de dólares en 2001.

La dinámica de los flujos de dinero cambió por completo después de los atentados del 11-S. Para Pakistán, un país atrapado en el torbellino, y en el que las remesas habían ascendido a mil millones de dólares en 2000, el cambio supuso una bendición económica. Muchos paquistaníes con ahorros en cuentas en el exterior repatriaron su dinero, por miedo a salir mal parados en las investigaciones estadounidenses sobre la financiación de los terroristas; en 2002, las remesas que entraron en Pakistán sobrepasaron los 3.000 millones de dólares. Sin embargo, el 11-S tuvo consecuencias desastrosas para Somalia, que dependía cada vez más de las remesas desde que el país cayó en la anarquía tras la apresurada salida de las fuerzas de pacificación en 1994. A falta

de un gobierno central y un sistema de banca privada reconocido, los envíos estaban controlados por una sola empresa, calificada por EE UU como “la intendencia del terror” y cerrada en 2001, aunque, posteriormente, las pruebas resultaron poco sólidas. Las remesas de dinero representaban en Somalia entre el 25% y el 40% del PIB nacional, por lo que las repercusiones en una economía tan pobre fueron terribles.

Como enseña el caso de Somalia, para la población de Estados en bancarrota como Congo y Afganistán, y para pueblos sin Estado (palestinos, kurdos y Eritrea y Timor Oriental antes de la independencia), las remesas del extranjero son el oxígeno esencial, no sólo para la supervivencia de los familiares y el consumo doméstico, sino también para financiar causas políticas. En otros lugares, como Armenia y Croacia, las remesas han sufragado un nacionalismo a larga distancia que ha respaldado regímenes autoritarios y ha dificultado los esfuerzos para solucionar conflictos regionales. Lo habitual ha sido que el dinero lo enviaran los expatriados desde países industrializados, ya fueran estadounidenses de origen irlandés que hacían donaciones al IRA o esrilanquenses de Canadá que enviaban dinero al Eelam, el Ejército de Liberación de los Tigres de Tamil.

¿DEVOLVER AL REMITENTE?

Las remesas están transformando calladamente el mundo, en general para mejorarlo. Sin embargo, corren el peligro de convertirse en víctimas de la guerra contra el terrorismo. Al imponer sanciones generalizadas contra gobiernos e intermediarios financieros sospechosos de financiar grupos como Al Qaeda, Washington y el Grupo de Acción Financiera contra el Blanqueo de Dinero, con sede en París, están privando de ese dinero a los países que más lo necesitan. Y, dentro de la labor de vigilancia de las transacciones sospechosas, los países occidentales están obligando a las instituciones que realizan transferencias de dinero a otros países a instalar nuevas y costosas tecnologías que unos Estados arruinados no pueden permitirse. En vez de utilizar unos instrumentos tan burdos, la comunidad internacional debería construir, bajo los auspicios de una organización multilateral del tipo del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, una estructura financiera que abarate los costes del envío de dinero e incremente la transparencia, con el fin de tranquilizar a los gobiernos inquietos. Probablemente, esta iniciativa costaría mucho menos que vigilar

las transferencias monetarias, y también ahorraría dinero al compensar la necesidad de enviar ayuda exterior de carácter oficial.

Los países en vías de desarrollo pueden poner su granito de arena para sacar el máximo provecho de las remesas. Pueden regular más la actividad de los intermediarios en el mercado de trabajo –por ejemplo, los contratistas que reclutan agricultores–, para garantizar a los trabajadores inmigrantes los salarios y las demás formas de compensación que les corresponden. Ahora bien, los gobiernos no deben intentar aumentar las remesas de dinero con incentivos como la exención de impuestos; tales políticas fomentan inevitablemente la evasión fiscal, ya que los residentes sacan dinero del país y lo vuelven a introducir disfrazado de remesas. Por el contrario, los países pueden obtener más rendimiento de las remesas si estimulan un entorno económico favorable, que anime a las familias a canalizar ese dinero hacia inversiones productivas, y no el mero consumo esencial. Promover una mayor competencia en el sector financiero y garantizar una mayor penetración de las instituciones financieras formales, especialmente los bancos, en zonas con alto grado de emigración, puede ser la mejor forma de afianzar los efectos en la producción a largo plazo de las remesas de dinero.

En definitiva, para que las remesas se conviertan en el principal mecanismo de envío de dinero a los países pobres, las naciones industrializadas tendrán que adoptar políticas de inmigración más liberales. Sin embargo, los gobiernos de los países ricos, que ya sufren una reacción interna contra los emigrantes, a los que se acusa de robar puestos de trabajo y rebajar los salarios, no parecen muy dispuestos a emprender una iniciativa tan audaz. Después de los atentados terroristas del 11-S, las autoridades de EE UU informaron al Gobierno mexicano de que no era probable que las leyes de inmigración fueran a cambiar a corto plazo. Los defensores de unas políticas de inmigración más razonables –que afirman, desde hace mucho, que los trabajadores extranjeros no debilitan la productividad, sino que la refuerzan– incluyen ahora las remesas entre sus temas de negociación, e intentan explicar que la autorización para que más inmigrantes envíen dinero a sus países es una causa moral similar a la condonación de la deuda. Hay que reconocerles el mérito de que se esfuercen por dar un rostro humano a la pobreza en los países en vías de desarrollo, pese a que los países

industrializados se sienten más cómodos, muchas veces, con programas de reducción de la pobreza que mantengan esos rostros humanos alejados.

.....



El artículo se basa en la monografía de los autores *Sharing the Spoils: International Human Capital Flows and Developing Countries*, de próxima publicación (Center for Global Development, Washington, 2004). Para obtener más información sobre los flujos internacionales

de inmigrantes, ver 'International Migration: Facing the Challenge' (Population Bulletin, vol. 57, nº 1, marzo, 2002) y Trends in International Migration (OCDE, Washington, febrero, 2003), disponible en inglés en la página web de la OCDE (www.oecd.org).

Sobre flujos migratorios en Latinoamérica, ver 'Localización y migración internacional: la experiencia latinoamericana', de Andrés Solimano, en Revista de la CEPAL (agosto, 2003) y el informe Migraciones y desplazamientos de población expuesto en la XVI Conferencia Interparlamentaria Unión Europea/América Latina por el eurodiputado Fernando Fernández Martín (abril, 2003).

Sobre las tendencias en la circulación de las remesas de divisas que salen de Estados Unidos, especialmente hacia Latinoamérica, ver los estudios de Fomin (Fondo Multilateral de Inversiones, rama del Banco Interamericano de Desarrollo dedicada al sector privado) y Diálogo Interamericano, *Worker Remittances in an International Scope* (Manuel Orozco, Diálogo Interamericano, Washington, 2003) y *Receptores de remesas en Ecuador* (Bemdixen & Associates, Miami, 2003). Sobre las remesas que envían desde España los inmigrantes latinoamericanos, ver el estudio *Las remesas de emigrantes entre España y Latinoamérica. Resumen ejecutivo*, realizado por la Confederación Española de Cajas de Ahorro (CECA) y financiado por el BID (noviembre de 2002). Susan Eckstein estudia las remesas de dinero enviadas a Cuba en *Diasporas and Dollars: Transnational Ties and the Transformation of Cuba* (Instituto de Tecnología de Massachusetts, documento de trabajo de Rosemarie Rogers nº 6, 2003).

El informe elaborado en 2003 por Nikos Passas *Hawala and Other Informal Value Transfer Systems: How to Regulate Them?* está disponible en la página web del Departamento de Estado de EE UU. Cindy Horst y Nick Van Hear estudian el efecto de la lucha antiterrorista sobre los flujos de remesas en 'Counting the Cost: Refugees, Remittances, and the War Against Terrorism' (Forced Migration Review, nº 14, julio, 2002).

Devesh Kapur es profesor asociado de la cátedra Frederick S. Danziger de Gobierno en la universidad de Harvard, y miembro de número, no residente, del Center for Global Development. John McHale es profesor asociado en la Queen's School of Business en Ontario, Canadá.

Fecha de creación

13 septiembre, 2007